

## El tapiz del castillo de Chambord

**Ysla Campbell Manjarrez**

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0002-3102-3147

CUANDO NOS ASOMAMOS AL JARDÍN A VER LA NIEVE, vimos al pobre Perrati, un perrito shih tzu mal entrenado y de pésimas costumbres, empapado y tiritando. Rápidamente lo confortamos y decidí que durmiera en mi recámara. Mientras leía, él estaba echado en un tapete. Así transcurrió un buen rato. De pronto, sin mediar un ruido, se abalanzó ladrando hacia la puerta cerrada. Me asusté, pues solo estábamos mi hijo y yo en aquella casona. Me acerqué a la puerta tratando de escuchar algún ruido extraño, pero no oí nada. Tuve que armarme de valor para abrir. Desbocado, corrió hasta la mitad del pasillo y empezó a ladrar y a gruñir como si hubiera algún intruso. Aterrada, llamé bajito a la puerta de mi hijo para despertarlo:

—Hay alguien en la casa— susurré —oye cómo ladra el perro; hay que revisar—. Mi hijo sacó un bate de béisbol y yo agarré una figura de madera muy pesada. Recorrimos toda la casa y no encontramos nada. El perro recibió su regaño, volvió al tapete con la cola entre las patas, y nos fuimos a dormir. Aunque cuando entraba por la noche repetía la acción siempre ladrando furioso hacia la misma esquina del comedor, dejamos de hacer caso.

—Quien sabe qué verá—, nos decíamos —algún ruidito imperceptible para nosotros atrae su atención.

—Es un perro nervioso— concluimos. Y luego lo regalamos.

Tiempo después, durante la comida, mi hijo escuchaba *Echoes* de Pink Floyd. Cuando se oyó aquella especie de aullido, mi nieta de dos años se volvió llorando hacia el comedor y dijo:

—Que se vaya el fampama,

—Claro que no— le dijimos —, los fantasmas no existen.

Sin embargo, no dejaba de llorar y apuntar hacia el mismo lugar. Era tal su horror, que le pregunté:

—¿Lo estás viendo? ¿De qué color es?

—Negro, negro— respondió varias veces entre sollozos. Rechazaba la música, así que la quitamos. Comprendí que el aullido de la canción le pareciera tan siniestro como a mí.

Llegaba el momento en que yo me quedaría viviendo sola y siempre había pensado en conseguir un gran perro que me acompañara. Mi hija me regaló a Terra, una cachorra pastor alemán. Pasó al jardín por destructora, pero siempre que se iba mi hijo la metía para sentirme segura. Una noche estábamos las dos en la cocina y, como el shih tzu, empezó a ladrar de buenas a primeras hacia el comedor. Era tan reciente el miedo de la niña que esta ocasión me estremeció.

La situación fue crucial para mí, pues por las noches era quien apagaba las luces de la casa. Aterrada desde niña por los pavorosos relatos que nos contaba mi abuelo del Jinete sin cabeza o la Dama de negro que regresa al panteón, o las películas de La llorona y La mano pachona, para mi horror, cada noche tenía que pasar por un miedo que me tensaba el cuerpo de pies a cabeza. A mi edad no podía controlarlo. Sentía que algo tiraba de mi ropa suavemente cuando recorría el largo pasillo. Siempre iba con el paso apretado, tratando de dar un salto hasta mi habitación. A veces, quería sacudirme esa sensación que me atraía hacia el último punto de la casa. Intentaba razonar, me daba mil argumentos, pero el temor subsistía. Una noche, decidí que había que terminar con aquel horror nocturno, así que regresé de mi re-

cámara y prendí todas las luces hasta llegar al comedor. Quería revisar qué podía haber en aquella temible esquina. Me calmé cuando vi el hermoso tapiz del castillo de Chambord que llegaba justo hasta el rincón. De ahí en adelante, cuando iba por el pasillo, me repetía: “En esa esquina solo está el tapiz del castillo de Chambord”. Entonces evoqué que el tapiz había llegado a mis manos de una manera extraña.

Aquella mañana que llegué a la subasta de la galería de Montmartre, París me pareció de un renovado refinamiento. Las burbujas del champagne, obviamente de madame Clicquot, danzaban doradas hasta lograr un ritmo bellamente peculiar. La iluminación tenía un toque cálido que invitaba a desear obtener la galería entera. Pero eso era lo habitual en aquellas reuniones de adoradores del arte que no nos conformábamos con ver los cuadros en los fríos muros de los museos, sino que queríamos apropiárnoslos, mantenerlos dispuestos a la vista.

Aunque muchos eran conocedores, había otros asistentes adinerados que solo querían, como advenedizos, mostrar que tenían algo valioso en sus paredes tapizadas con papel plastificado. Aquellos momentos eran una disputa amistosa entre verdaderos amantes del arte e ignorantes. Ambos, claro está, forrados de dinero, salvo uno que otro como yo que no resistíamos la curiosidad.

El remate inició con un bodegón español del siglo XVII de Juan van der Hamen. En un precio muy elevado, se

vendió la pintura del amigo de Lope de Vega a un francés. Al bodegón siguió un Renoir y luego unos dibujos de Picasso. Se estuvo pujando por todos lados hasta que la mayoría de los cuadros terminó en manos de un aristócrata inglés que vivía temporalmente en Nueva York. Para mi sorpresa, pusieron en venta el hermoso tapiz tejido en el siglo XVIII del Castillo de Chambord, que recuerda la llegada de Luis XIV y su corte al espléndido lugar. Verlo en su lejanía trajo a mi memoria una serie de momentos cuando hice un recorrido por la Loire en coche. Había contemplado cada castillo, mas el descubrir a lo lejos el de Chambord, me permitió comprender la admiración de Carlos V, acostumbrado a construcciones mucho más pequeñas. Aquellas dimensiones arquitectónicas rebasaban mi imaginación, y mentalmente jamás pude completar las partes que no tenía al alcance de la vista.

Hice una propuesta que resultó ridícula frente a un crítico francés que la dobló y luego ante un árabe que la redobló. El apuesto aristócrata inglés permaneció un rato en silencio hasta que ofreció una mayor cantidad y así establecieron una especie de duelo por el tapiz de Luis XIV. Finalmente, el musulmán se dio por vencido, pues consideró que aquella tela no valía un franco más.

Un poco fastidiada, dejé la copa y fui por mi chaqueta, septiembre se mostraba un tanto frío. Cuando estaba a punto de salir, alguien me llamó:

—Mademoiselle, s'il vous plait.

Me sorprendió que se tratara del acaudalado aristócrata inglés, no imaginaba qué podía ofrecérsele.

—Mademoiselle —repitió—, je veux vous offrir cette gobelin du Château de Chambord que vous aimés.

Quedé estupefacta al escuchar su propuesta.

—No soy francesa, yo también vengo de las Indias—, dije sonriendo, para darle a entender que estaba cansada de que decir “América” fuera sinónimo de Estados Unidos para los europeos. Él comprendió, compartió mi sonrisa, y enseguida preguntó

—¿De qué parte de América?

—De México—, respondí.

—Hermoso país— me dijo, y añadió: —Le ruego que reciba este obsequio de alguien que desea ser su amigo, señorita...

—Campbell. ¿Y usted?

—Pues yo me apellido Percy, soy Jules Percy, a sus pies.

—Me halaga usted enormemente, pero como comprenderá, no puedo aceptar.

—Mire, le propongo que me permita invitarla a comer lo que le apetezca, y si después de eso se niega a recibir el tapiz, dejaré de insistir.

No dudé mucho en aceptar su invitación, me encantaba su refinamiento, su indumentaria, su olor, y en fin, su apostura.

—Va usted a indignarse si le digo qué quisiera comer en el país de la cocina gourmet por excelencia. ¿Le gusta el *cous cous*?

Entre comentarios y risas llegamos al restaurante. Allí me contó sobre su ascendencia, de la cual trataba de minimizar su estirpe, no sin advertir que proveníamos de países hermanos del Reino Unido. En Nueva York pasaba algunos periodos en una mansión de su propiedad, a la cual me invitó con mucha cortesía. Me confesó que compró el tapiz porque notó el brillo en mis ojos cuando lo vi, pero también mi imposibilidad de tenerlo. Eso lo había enternecido. Subrayó que él lo hubiera colgado en cualquier espacio o que probablemente podía ir a parar alguna bodega, pues a pesar de ser amante del arte, le molestaba la política absolutista de Luis XIV.

Cuando terminamos de comer y volvió a preguntarme si aceptaría su regalo, le dije que luciría mejor en su mansión neoyorquina que en mi casa. No volvió a tocar el tema. Finalmente intercambiamos tarjetas y nos despedimos.

Caminé un rato por las Tullerías y luego regresé al hotel. Mientras subía la escalinata, pensaba en él, todo me atraía de él. Busqué la llave en mi bolsa varias veces, hasta que la encontré. Lo primero que vi al abrir la puerta fue un gran envoltorio sobre el sofá. Me acerqué sorprendida y observé el sello de la galería de Montmartre. Pensé que se trataba de un error, pues yo no había comprado nada. Dudé de abrirlo; estaba perfectamente empacado, pero terminé haciéndolo con mucho cuidado para ver de qué se trataba y a quién podía pertenecer. En el interior, por un pequeño resquicio, descubrí una nota

y la saqué; decía dos palabras: “Consérvelo, mademoiselle”. J. Percy, la firma. Sin continuar abriéndolo, supe que se trataba del tapiz del castillo de Chambord. Así que busqué en mi bolsa la tarjeta de mister Percy y me dispuse a llamarlo, desgraciadamente sin éxito. “Bueno, mañana me comunico con él o se lo envío”, me dije un poco enfadada de que no hubiese comprendido que mi negativa era rotunda y que no cedería a sus encantos.

Pasé una larga noche inquieta, despertando con pesadillas y sudoraciones. Por la mañana, lo primero que hice fue telefonearle. Me respondió, y en cuanto pronuncié su nombre:

—Mister Percy—

Él preguntó:

—¿Aún no está persuadida, mademoiselle?

—Lo siento, pero no. Créame que valoro su generosidad, pero no lo estimo pertinente. Le ruego indicarme a dónde se lo envío.

—De ninguna manera— respondió —pasaré a recogerlo a las 12, si no tiene inconveniente, para tener el placer de volver a verla, pues me marcho mañana.

—Muy bien, entonces lo espero en la recepción.

La espera fue prolongada, pues en el reloj sonaron las 12 campanadas, las tres, las seis y no llegaba. Yo subía de tiempo en tiempo a la habitación, pero no quería moverme del hotel. Estaba confundida de que un caballero de la realeza hubiera incumplido su palabra. Al mismo tiempo, me asaltaban dudas sobre su identidad o si le

hubiera pasado algo. También llegué a pensar que era su forma de obligarme a conservar el tapiz de Chambord. El teléfono de mi habitación timbró a las siete: dos hombres me esperaban en el vestíbulo. Claro que él los había enviado a recoger el tapiz, pensé, pues no tuvo tiempo de venir.

Bajé las escaleras y vi a los dos hombres. Se dirigieron hacia mí y me preguntaron:

—¿Mademoiselle Campbell?

—Oui —respondí— qu'est qui ce pas.

Me explicaron que por la mañana, unos minutos antes de las 12, Jules Percy había tenido un accidente. Dijeron que lamentablemente había perdido la vida a dos cuadras del hotel. Cuando revisaron sus pertenencias encontraron su tarjeta y un ramo de rosas para mí con una nota que decía que me suplicaba aceptar su regalo. Dado que no tenían mayor información, consideraron que yo podía avisar a sus deudos. Es muy difícil explicar el cúmulo de sensaciones que me oprimían el cuerpo y la mente: la adrenalina subía y bajaba, quería llorar y me reprimía, sentía un gran pesar por el señor Percy, aquel hombre galante y generoso al que hacía unas cuantas horas había conocido y a quien esperaba. Quise desmayarme, quería pensar que era otra pesadilla; los oficiales me reanimaron. Les prometí que avisaría a su familia y les pregunté que a quién entregaba el tapiz. Dijeron que no tenían forma de almacenarlo y que era mejor que lo conservara, dado que había sido la última voluntad del se-

ñor Percy. El castillo en el mes de septiembre, mes de la muerte de alguien que hubiera podido ser algo mío.

Cuando se marcharon, me asaltó la preocupación sobre qué harían con su cadáver, quién lo iba a enterrar y dónde, si su cuerpo se quedaba en Francia. Luego intenté paliar mi pena considerando que buscarían hasta encontrar a su familia o amigos o que yo lo haría.

Regresé a México con mi tapiz del castillo de Chambord, del mes de septiembre, pensando que aquellos inicios del siglo XVIII en que lo habían tejido eran funestos, que el señor Percy tenía razón en desdeñar al rey Sol y que nunca debió haber adquirido ese gobelino para mí, pues no estaría muerto. Decidí que lo colocaran en el comedor, de forma tal que desde el final del pasillo que daba a mi recámara, pudiera verlo y tener presente a Jules Percy. Podría admirarlo todos los días al salir de mi habitación y así seguir lamentando el deceso de aquel aristócrata inglés. Así fue durante algunos años, sobre todo en septiembre. No obstante, con el paso del tiempo, dejé de verlo o lo veía sin ver. Aunque de vez en cuando me asaltaba la duda de qué habrían hecho con su cadáver.

Ahora, con este miedo que se había apoderado de mí, justo en septiembre, me calmaba repitiendo: “En esa esquina está el tapiz del Castillo de Chambord”. Sin embargo y con todo el ánimo del mundo, el terror no desaparecía, ni tampoco la sensación de que alguien tiraba de mi ropa cuando

me dirigía a mi habitación. *El pasillo, con La dama del armiño, El entierro del conde de Orgaz, La rendición de Breda, La anunciación, El buen pastor*, ángeles y cruces multiformes, no lograban vencer mi miedo. ¡Qué espanto tener que apagar las luces!

Una noche, con todo el pavor del mundo, nuevamente decidí encender todas las luces del pasillo para regresar a aquella esquina a la que ladraban los perros, de la cual la niña había mostrado terror y de la que salía algo que me jalaba la espalda. Allí estaba, como siempre, mi tapiz del Castillo de Chambord. Lo vi igual. Pero luego noté algo diferente en el tejido: en primer plano figuraba una imagen masculina que antes no estaba. Me acerqué, me puse los anteojos y lo vi. Horrorizada reconocí al señor Percy quien, de pie en una balaustrada de cantera, abrazaba una gran ánfora dorada que descansaba en un cojín de terciopelo guinda sobre el balcón. Me miraba suave, mas

profundamente. A su lado izquierdo, había una imagen desdibujada de una niña. Volví a mirar y observar, analizar, y reconocí el bello rostro de Percy. Fui a la biblioteca y encendí la computadora. Busqué imágenes del tapiz del Castillo de Chambord. No las encontré. Intenté investigar la llegada de Luis XIV al lugar. Muchas cosas aparecieron, pero no el tapiz. Agobiada, regresé a ver la tela. Él seguía allí, en la misma posición, pero me percaté de que la persona que estaba a su derecha empezaba a tener ciertas facciones. Un dolor agudo en el pecho empezó a atormentarme. Entonces le pregunté:

—¿Qué hice mal? Todo se me olvidó, como pasa una hoja en septiembre cuando no le corresponde caer. Fui ingrata—. Mientras pronunciaba estas palabras entre sollozos y llanto, el dolor del pecho se acentuó, pero alcancé a ver mi rostro en el de la niña que cargaba un pesado tapiz tejido a la izquierda de Percy en la maravillosa tela.